

Internet y más: redes, brújulas y fronteras

Vivimos en la Red. Desde hace ya algún tiempo, muchas personas consideran que la esfera digital forma parte de la realidad, del ambiente y de la cultura en la que viven, trabajan y se relacionan. No sólo los nativos digitales, sino también muchos inmigrantes digitales, consideran esta realidad como algo dado y obvio. Al mismo tiempo, uno de los rasgos que define la realidad digital es su carácter dinámico y su alta velocidad de cambio. En este comentario editorial queremos acercarnos a algunas de las innovaciones más significativas de esta nueva frontera. Nos fijaremos las barreras que se pueden levantar o superar con estas iniciativas (fronteras), e intentaremos ofrecer algunos criterios éticos (brújulas) para analizar, comprender y valorar esta realidad (redes). Queremos, pues, ir más allá, más adentro, más acá de Internet.

Outernet: más allá de Internet

En el mes de julio de 2015 está previsto el lanzamiento de *Outernet Inc.*, un ambicioso proyecto para ofrecer acceso gratuito a Internet vía satélite. Desde el punto de vista tecnológico, se apoya en una red de microsátélites *CubeSats*, pequeños emisores de unos 10 centímetros cúbicos, que fabrican y utilizan multitud de universidades, ya que las instrucciones de fabricación son libres. En un primer momento, se contaba con el apoyo de la agencia estadounidense NASA, pero esta posibilidad se descartó hace un año. El gran avance de esta propuesta es que cualquier persona con un dispositivo Wi-Fi podrá acceder a Internet de manera

gratuita, independientemente de que tenga cobertura telefónica o no. Desde el punto de vista de contenidos, en esta primera fase ofrece sencillamente un canal unidireccional de emisión de materiales gratuitos (educativos, informativos, aplicaciones, de emergencias): una especie de biblioteca universal, gracias a acuerdos con prestigiosas entidades culturales como la BBC, el Smithsonian o TED, entre otras. En una segunda fase, está previsto que los usuarios puedan interactuar también como emisores de contenidos. Desde el punto de vista económico, hay que señalar que se trata de una empresa privada con ánimo de lucro y que el proyecto, sin duda, tiene costes no despreciables, que esperan cubrir a través de publicidad y contenidos patrocinados (hasta ahora, han generado unos 600.000\$ con una campaña de microdonaciones).

En realidad, este proyecto no es el único que se mueve en la misma dirección de ampliar el acceso a la Red. Por ejemplo, dos de las empresas más potentes, conocidas e influyentes de la Red están también embarcadas en esta 'competencia', que en cierto modo recuerda la carrera espacial entre EE.UU. y la URSS, hace medio siglo. Google ha lanzado desde hace años su Proyecto Loon (término inglés que significa «alocado» y, además, alude a los globos aerostáticos): se trata de una iniciativa que ya ha enviado a la estratosfera, sobre todo en el hemisferio sur, cientos de globos de helio dotados de un dispositivo electrónico que permite conectar por ondas de radio con emisores en tierra y, de este modo, proporcionar acceso a Internet a lugares alejados. Además de los globos, Google está trabajando con drones y tiene previsto invertir mil millones de dólares en el lanzamiento de setecientos satélites. Por su parte, la empresa de redes sociales Facebook ha lanzado su programa internet.org, que pretende ofrecer servicio gratuito de acceso a la Red para las poblaciones más pobres, empezando ya por África (Tanzania, Kenia y Zambia) y América (Colombia, Panamá y Guatemala).

En los tres casos mencionados (Outernet, Proyecto Loon e internet.org) se trata de proyectos que combinan intenciones altruistas con posibilidades de negocios. Lo más evidente y más loable es el esfuerzo de *superar la brecha digital* en su escalón más bajo, el del puro acceso material. De acuerdo con un estudio reciente

de la Unión Internacional de las Telecomunicaciones (UIT), 4.000 millones de personas no tienen posibilidad de acceso a Internet, lo cual supone dos tercios de la población mundial. Mientras que el 96% de la población de Islandia tiene acceso a Internet, en Eritrea no llega al 1%, según datos del Banco Mundial en 2014. Todo lo que suponga un avance para superar la desigualdad en el acceso a la tecnología y la información, debe ser apoyado. Con todo, las ambigüedades existen y deben ser criticadas, corregidas o aminoradas: el interés comercial y la captación de audiencias son elementos también presentes, que pueden jugar con el engaño de ofrecer un señuelo gratuito que, posteriormente, exija contraprestaciones económicas. Además, existe la posibilidad de superar la brecha digital agudizando la fractura social, con un Internet para ricos y otro para pobres, así como el riesgo de incrementar el control social, de perder la neutralidad en la Red y de generar nuevas formas de censura, si no política o ideológica, sí comercial o económica. Se trata, quizá, de un nuevo capítulo en el debate entre pobreza y desigualdad, entre limosna y justicia; y, en definitiva, considerar si cualquier iniciativa es válida para mejorar la vida de los pobres. Pensamos que no, pues la dignidad y la igualdad fundamentales del ser humano así lo exigen. Bienvenidos sean estos avances e iniciativas, pero deben purificarse sus intenciones. Para ello, es preciso que se involucren los diversos actores: investigadores y académicos, empresas, gobiernos y sociedad civil organizada.

Deep web: más adentro de Internet

La llamada Internet profunda o Internet invisible (en inglés, *deep web*, aunque también se usan otros nombres) es una porción de la Red que, o bien resulta difícil de rastrear, o bien ha sido creada con tal propósito específico. Algunas estimaciones dicen que la Internet profunda es quinienta veces mayor que la Internet superficial, siendo el 95% de esta información públicamente accesible. Estamos hablando de más de 200.000 sitios en la Internet profunda y, al menos, 91.000 Terabytes de contenido. El caso más amplio y conocido de Internet invisible creada como tal es el proyecto TOR (The Onion Router, un sistema de

encaminamiento tipo «cebolla», orientado a lograr una red de anonimato) que desde hace más de una década busca generar una red de comunicaciones en la que los mensajes intercambiados no revelan la identidad de los usuarios, garantizando así la integridad y el secreto de la información compartida. En 2011, TOR recibió el premio de la Free Software Foundation por haber permitido que «36 millones de personas de todo el mundo, usando software libre, hayan experimentado libertad de acceso y de expresión en Internet manteniendo su privacidad y anonimato», indicando además el papel jugado en los movimientos disidentes de Irán y Egipto. Otras experiencias significativas son la moneda digital *bitcoin*, que desde 2012 ha experimentado un incremento espectacular, y la web académica invisible (Academic Invisible Web, AIW).

Es evidente que, por el mero hecho de tratarse de una realidad invisible, oculta y oscura (todos esos nombres se emplean para referirse a la *deep web*), hay bastantes incertidumbres y no pocas elucubraciones al respecto, algunas incluso algo fantasiosas. También es cierto que en Internet (y particularmente en la Internet profunda) hay actividades ilícitas e inmorales, que incluyen el comercio de armas, el tráfico de drogas, la pornografía infantil o el abuso sexual. Pero no todo es ilegal ni pernicioso en la *deep web*. De hecho, hay toda una corriente digital que busca romper con moldes establecidos e incluso saltarse algunas convenciones legalmente establecidas, con el propósito de aumentar la transparencia, la participación, el control ciudadano y, en definitiva, elevar el nivel moral de la Red. En esta línea se pueden situar grupos como Anonymous, iniciativas como Wikileaks o, más en general, corrientes como la llamada ética *hacker*. En este campo hay que mencionar al finlandés Pekka Himanen que, en su obra «La ética del hacker y el espíritu de la era de la información», con evidentes resonancias weberianas, defiende que el *hacker* no es un delincuente informático con altos conocimientos técnicos (a los que prefiere llamar *crackers*), sino que un *hacker* es todo aquel que trabaja con pasión y entusiasmo por lo que hace. Hay algo sugerente en este planteamiento, aunque tampoco podamos quedar anclados en un idealismo ingenuo para el que, al final, «todo vale».

Sin caer tampoco en teorías conspiratorias ni en manías persecutorias, lo cierto es que Internet esconde muchas dimensiones e intereses que permanecen ocultos. Hay grandes espacios en la Red que desconocemos. Ofrece muchas oportunidades de participación, igualdad y democratización, pero nada es neutro ni ingenuo. Lo que la ética *hacker* y el ciberactivismo digital puede aportar es, precisamente, ayudar a des-velar intereses ocultos y hacer accesible a la ciudadanía toda una serie de recursos que pueden quedar, de otro modo, en manos de unas minorías privilegiadas. Nos referimos a iniciativas como WikiLeaks, pero también a otros proyectos más institucionales, como la colaboración del ingeniero Hervé Falciani con la justicia para desvelar el secreto bancario, o el papel de la ONG Transparencia Internacional. La información es poder. Y, en todo caso, lo que este asunto señala es que también en la Red hay *grandes desequilibrios de poder*. Adentrarnos en el interior de Internet debe aportar luz sobre lo que allí ocurre, ayudando a compartir información con toda la ciudadanía mundial y, de este modo, corrigiendo desigualdades e impidiendo que crezcan, se asienten o se agudicen.

Big data: más acá de Internet

Hasta ahora hemos hablado de algunas fronteras que expanden Internet. En esta sección queremos detenernos a considerar qué ocurre más acá de la Red; nos referimos concretamente al ingente material de información que, sobre los propios usuarios, está disponible para otros usuarios y, sobre todo, para empresas y gobiernos. Es lo que se conoce como *Big data*, término inglés para referirse a los sistemas informáticos basados en la acumulación a gran escala de datos, así como los procedimientos para analizar y utilizar esos datos. Se calcula que, en la actualidad, cada día se crean más de 2,5 trillones (2.5×10^{18}) de bytes de datos y que, desde hace varias décadas y a nivel mundial, la capacidad tecnológica per-cápita para almacenar datos se duplica aproximadamente cada cuarenta meses.

Las aplicaciones prácticas de esta realidad son numerosas y abarcan amplios sectores de nuestra sociedad, del comercio a

la seguridad, de la investigación al deporte. Cualquier lector se habrá dado cuenta de las ofertas publicitarias que recibe en su ordenador, a partir de algún correo electrónico enviado, de alguna compra o consulta por Internet. Posiblemente sea Amazon, el gigante de venta de libros y otros productos, quien con más intensidad y eficacia emplee este recurso, apoyado en la llamada minería de datos cruzados, que le permite crear ofertas muy ajustadas e incluso anticipadas a los «deseos» del comprador. En los últimos tiempos se está desarrollando mucho el llamado *inbound marketing* o «mercadotecnia de atracción». Se trata de una estrategia comercial que aprovecha la información del cliente potencial para ofrecerle el producto adecuado en el momento adecuado, de modo que la publicidad no resulte intrusiva o molesta sino atractiva y casi deseada. En el terreno científico y socio-asistencial, el programa más avanzado (y más polémico) en nuestro país es el llamado VISC+ (Más valor a la información de salud de Catalunya) que permite poner el *Big data* sanitario a disposición de los centros de investigación. A pesar de que el gobierno de la Generalitat ha publicado, en enero de 2015, un documento con las garantías éticas acerca del uso de los datos, la polémica está servida, y se han manifestado ciertas dudas y reticencias por parte de la Agencia de Protección de Datos, así como oposición en el ámbito científico y ciudadano. Con todo, parece que de momento no se ha suscitado un amplio debate al respecto que como el que hubo hace unos meses en el Reino Unido. Por supuesto, el caso más conocido en el terreno de la seguridad lo encontramos en Estados Unidos, y su *Patriot Act*, aprobada en octubre de 2001, que permitía a los servicios secretos recopilar toneladas de información de la ciudadanía de forma indiscriminada. Tras las filtraciones de Edward Snowden en julio de 2013, esta ley acaba de ser sustituida por una nueva *Freedom Act*, de carácter más garantista.

Como se ve, la realidad es compleja y afecta de manera diversa a ámbitos diferentes. El *Big data* nos sitúa ante una nueva frontera. También aquí necesitamos criterios para orientarnos. Y los criterios no pueden ser meramente prácticos o económicos, ni tampoco podemos caer en el derrotismo que nos desmoraliza como si no hubiera nada que hacer. Hay *riesgos manifiestos*

de mercantilización y de deshumanización. Por ello hay que seguir afirmando la dignidad de cada ser humano, su derecho a la intimidad, su carácter personal que va más allá de su ser consumidor. Quizá necesitemos recuperar el grito de Georges Orwell contra el Gran Hermano, que nos vigila completa y permanente. Y quizá nos ayude la advertencia de Erich Fromm, cuando decía que «libros como los de Orwell son severas advertencias, y sería lamentable que el lector interpretara presuntuosamente a *1984* como otra descripción más de la barbarie stalinista, y no viera que también está dirigida a nosotros». Efectivamente, está dirigida a nosotros, hoy quizá más que entonces.

Conclusión

Hace exactamente cincuenta años, en junio de 1965, el filósofo Jürgen Habermas pronunció una conferencia titulada «Conocimiento e interés», que luego desarrolló y publicó como libro. Allí señala que no existe conocimiento neutro, sino que siempre está motivado y condicionado por el interés. Distingue además entre varios tipos de conocimiento, y defiende el conocimiento crítico, guiado por un interés emancipatorio. Siguiendo las intuiciones de Habermas, terminamos este comentario afirmando que, también en Internet y en la esfera digital, necesitamos fomentar una acción orientada al entendimiento entre los seres humanos y no guiada por otros intereses particulares. Las posibilidades son muchas y las amenazas también. En estas nuevas fronteras, necesitamos superar las barreras y crear espacios de encuentro para todas las personas. No podemos movernos a ciegas, sino guiados por un interés humanizador que oriente nuestro conocimiento, también en la Red. ■

SALTERRAE



DANIEL IZUZQUIZA (ed.)

España por reformar

*Propuestas políticas,
económicas y sociales*

224 págs.

P.V.P.: 14,00 €

Encontramos en este libro material para el análisis, el diálogo y el compromiso orientado a las profundas reformas que España requiere para salir de la crisis apostando por el bien común. En un periodo marcado por la crisis y en un año electoral como el 2015, esta obra realiza una valiosa contribución para que la ciudadanía asuma su responsabilidad y para que lo haga de un modo reflexivo y constructivo, ofreciendo materiales para abrir el diálogo desde la provisionalidad de una realidad siempre cambiante.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
